

OLIVERIO BRUSSON



OLIVERIO BRUSSON

I

EN la calle de San Honorato elevábase en otro tiempo la casita habitada por Magdalena Scuderi, á quien tan célebre hicieron sus versos y novelas caballerescas, no mends que el favor de Luis XIV y de madame de Maintenon.

En uno de los meses de otoño del año 1680, á eso de la media noche, algunos golpes violentos y repetidos en la puerta de la casa despertaron sobresaltados á sus pacíficos habitantes. Bautista, que desempeñaba á la vez las funciones de cocinero, de ayuda de cámara y de portero, había ido, con permiso de su señora, á presenciar las bodas de su hermana, y sólo se hallaba en el domicilio una sirvienta llamada la Martinière. Al oír llamar con tal fuerza, la pobre mujer pensó que la

marcha de Bautista la dejaba sin defensa con su señora en una casa expuesta á los ataques del primero que llegase, é involuntariamente comenzó á recordar los robos y asesinatos de que París era teatro en aquella época. Muy pronto se persuadió de que el visitante nocturno no podía ser sino un ladrón bien conocedor de la casa y de las personas que en ella había; y temblando de miedo, temerosa de verse de un momento á otro amenazada por el puñal de los asesinos, permaneció inmóvil en su pequeña habitación, más muerta que viva, renegando de Bautista y del casamiento de su hermana. Sin embargo, los golpes se repetían, y oyóse una voz que gritaba:

— ¡Por amor de Dios, abrid la puerta!

La Martinière, muy poco tranquilizada, cogió una luz y dirigióse hacia el pórtico de la casa. En aquel instante, la misma voz gritó de nuevo:

— ¡Abrid por amor de Cristo, abrid pronto!...

— Á fe mía — pensó la Martinière — un ladrón no se expresaría tan honradamente; tal vez sea algún señor que conoce á mi ama, y que, perseguido por la ronda, quiere pedir un asilo hasta mañana... ¡Vamos á ver, y obremos con prudencia!

La mujer entreabrió la ventana cuidadosamente y preguntó con voz que le pareció bastante tranquila quién era el atrevido que alborotaba de aquel modo á una hora tan avanzada. La luz de la luna, atravesando las nubes en aquel momento, permitió á la sirvienta distinguir un rostro prolongado, en parte oculto por el embozo de una capa oscura, y un sombrero de anchas alas; y entonces la Martinière, sobrecogida de espanto, comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones:

— ¡Hola! ¡Bautista, Claudio, Pedro, todos en pie, y venid á examinar de cerca á este visitante nocturno que tanto alborota!

Pero á los gritos de la criada, una voz dulce y casi suplicante, contestó:

— ¡Ah! la Martinière, sois vos, buena señora; no alcéis así la voz, porque Bautista ha ido al campo, y sé que estáis sola con vuestra ama; abrid, pues, y no temáis la menor cosa; es preciso que vea cuanto antes á la señorita Scuderi.

— ¿Qué decís? — replicó la Martinière. — ¿Os parece hora conveniente esta para hablar á las damas? Ya que sabéis tan bien lo que aquí pasa, no debéis ignorar que mi señora duerme hace largo tiempo; y por todo el oro del mundo no la despertaría en su primer sueño, del que tanta necesidad tiene para su salud.

— Yo sé — prosiguió el desconocido — que acaba de poner á un lado su novela *Clelia*, y que en este momento hace versos, los cuales deben ser leídos mañana á la marquesa de Maintenon. ¡Ah! os lo ruego una vez más, señora Martinière, tened compasión de mí y abridme la puerta, porque se trata del honor, de la libertad, y tal vez de la vida de un hombre; vuestra ama no os perdonaría jamás si rehusaseis el asilo á un infeliz que imploraba su socorro.

— Repito — dijo la Martinière — que esta no es hora de venir á visitar á la gente; volved mañana y veremos.

El desconocido, sin desanimarse por esta contestación, replicó:

— ¡Ah! nuestra suerte no cuenta las horas cuando es adversa, y sus golpes son ciegos como los favores de la fortuna. ¿Es posible que se rehuse auxilio y socorro cuando la salvación de un hombre podría depender de un solo instante? ¡Abrid la puerta; nada debéis temer de un infeliz, perseguido por todos, y cuya única esperanza es la poderosa intervención de vuestra señora!...

La Martinière oyó al desconocido gemir y llorar al dirigirle esta última súplica; y como la voz del joven

tenía un acento melancólico y dulce, al que las mujeres no saben resistir nunca, fué á buscar las llaves para introducir al desconocido.

Apenas se abrió la puerta, el hombre de la capa se precipitó en el interior con impaciente cólera, y empujando ante sí á la sirvienta, díjole con voz amenazadora:

— ¡Conducidme á presencia de vuestra ama!

La pobre mujer, temblando de miedo, levantó la luz á la altura del rostro del desconocido, cuyas facciones descompuestas estaban densamente pálidas, y estuvo á punto de perder el conocimiento cuando bajo la capa vió brillar el mango de un puñal. El extranjero fijó en su interlocutora una mirada penetrante y repitió su orden con acento breve; pero como la honrada sirvienta pensase que algún grave peligro amenazaba la vida de su señora, su abnegación se exaltó, y cerrando la puerta de su cuarto, colocóse delante, y dijo con voz resuelta:

— He aquí una manera extraña de pedir hospitalidad; he cometido la torpeza de abriros, pero ni Dios ni el diablo me obligarán ahora á presentaros á mi ama. Puesto que vais armado, nada debéis temer; y si no sois un malhechor, podéis esperar hasta mañana y volver. Hacedme el favor de salir de la casa.

El desconocido suspiró, y fijando de nuevo su penetrante mirada en la fiel sirvienta, oprimió convulsivamente el mango de su daga. La pobre mujer encomendó su alma á Dios, pero tuvo bastante energía para hacer frente al desconocido, y sin moverse un paso, mantúvole en respeto.

— ¡Dejadme pasar, os digo!— exclamó el de la capa.

— Haced como gustéis— replicó la sirvienta— matadme, pero ¡cuidado con mañana, y no olvidéis la plaza de Grève!

— ¡Ah!— murmuró el desconocido— tenéis razón,

la Martinière; me tomáis por un ladrón ó por un asesino; mas aún no he llegado á tanto.

Así diciendo, desenvainó su daga, hizo un gesto amenazador para apartar á la sirvienta y abrióse paso.

— ¡Jesús!— exclamó la Martinière — ¡soy muerta!...

Un ruido de armas y los pasos mesurados de una patrulla interrumpieron el silencio de la desierta calle.

— ¡Es la ronda, socorro, socorro!— gritó la Martinière.

— ¡Maldita mujer, tú quieres perderme!— murmuró el desconocido. — ¡Ah! ¡ya han pasado, sí, ya no hay temor! ¡Toma, bruja del diablo, coge eso, y por tu vida llévalo esta misma noche á tu señora!...

Al pronunciar estas palabras, el hombre de la capa puso en manos de la sirvienta una cajita de hierro, apagó la luz, para que su claridad no permitiese ver qué dirección seguía, y precipitóse fuera de la casa.

La sirvienta había caído de bruces; cuando se levantó, largo tiempo después, costóle mucho llegar á su habitación, y no teniendo fuerza ni valor para acostarse, dejóse caer en un sillón. Poco tiempo después, oyó un ruido de llaves en la cerradura, y estremeciöse de nuevo; pero vió entrar á Bautista, pálido como un difunto.

— ¡Por todos los santos del cielo, qué más puede ocurrir ahora?— balbuceó la sirvienta.

— Figuraos— contestó Bautista— que una inquietud inexplicable para mí me indujo á separarme de los novios, y me puse en camino hacia casa, impulsado por no sé qué presentimiento. Al entrar en nuestra calle pensaba yo que siempre dormíais con un ojo abierto, y que no habría de llamar mucho para que me abrierais; pero no contaba con las tribulaciones de la noche. Un destacamento de la ronda, con hombres á pie y á caballo, cubiertos de hierro hasta los dientes, llega no sé por dónde y me cierra el paso; por fortuna

me conocía su jefe, el teniente Desgrais, y éste me dice, cuando me hubieron aplicado una linterna al rostro: «¡Hola! Bautista, parece que vamos de picos pardos por la noche, muchacho... Vuelve pronto a casa y guárdala bien, porque andamos a caza de un perillán que nos da bastante que hacer.» No podéis figuraros, amiga mía, el efecto que me produjeron aquellas palabras. La patrulla continúa su camino y desaparece; en el momento en que levanto el brazo para llamar a la puerta, ésta se abre de improviso; un hombre sale a la calle corriendo, daga en mano, y me derriba al pasar... Me levanto... la casa abierta... las llaves en la cerradura... ¿Qué quiere decir todo esto?

La Martinière, en parte recobrada de su espanto, refirió todo cuanto acababa de ocurrir; después bajaron los dos al vestíbulo y recogieron el candelero, cuya luz había apagado el desconocido para ocultar su fuga.

— Seguramente — decía Bautista — a no mediar una evidente protección del cielo, nuestra pobre señora hubiera sido robada y asesinada esta noche, porque ese hombre no ignoraba que encontraría aquí dos mujeres solas; será uno de esos diestros bribones redomados que toman bien sus informes para dar el golpe sobre seguro. En cuanto al cofrecillo, amiga Martinière, si queréis creerme, lo arrojaremos al Sena, pues tal vez algún miserable atente contra la vida de nuestra señora, y puede ser que al abrirle caiga muerta de pronto, como el anciano marqués de Fournay, al romper el sello de una carta anónima...

Después de conversar largo rato para decidir lo que convendría hacer, los dos fieles servidores convinieron en que lo mejor sería dar cuenta de lo ocurrido a la señorita Scuderi y entregarle el cofrecillo, pues tal vez así se aclararía el misterio; mas para abrir aquél se adoptarían las necesarias precauciones.

II

Los temores de Bautista no carecían de fundamento, pues en aquella época cometíanse en París los más odiosos atentados, todos a favor de un medio que sólo algún espíritu infernal podía sugerir. Glaser, boticario alemán, el más hábil químico de su época, se ocupaba en la alquimia, que estaba entonces muy a la moda; esperaba encontrar la *piedra filosofal*, y tenía por ayudante y confidente a un italiano llamado Exili; pero éste no estudiaba el arte de hacer oro sino para ocultar mejor sus secretos designios. Mientras que Glaser buscaba la fortuna en el fondo de sus experimentos, Exili adquiría lentamente la terrible ciencia de mezclar, cocer y sublimar sustancias ponzoñosas, y elaboraba un veneno sutil, cuyas dosis mataban en el acto ó gradualmente, por efecto de una languidez desconocida. Este veneno carecía de sabor y olor; no dejaba vestigio alguno en los órganos, y burlaba también todo análisis é investigación de la medicina, pues todas las víctimas sucumbían, al parecer, de muerte natural. Por prudente y disimulado que Exili fuera, sospechóse que había vendido venenos y fué encerrado en la Bastilla, donde muy pronto tuvo por compañero de cautividad al capitán Godin de Sainte-Croix. Este último conocía a la marquesa de Brinvilliers, y sus relaciones con ella habían producido tal escándalo, que el padre de la dama, Dreux d'Aubray, teniente civil de París, irritado al ver que el marqués se mostraba indiferente a tanto baldón, se encargó de poner término a sus vergonzosas relaciones, obteniendo contra el capitán una orden de prisión. Hombre